

za. Es solamente de él de quien dependen en este momento los destinos de Europa, y es contra él que Napoleón va á emplear todos sus esfuerzos. Desembarazado de Prusia por el tratado del 8 de Setiembre, desembarazado al menos momentáneamente de Austria por medio de la alianza rusa, dirige ahora hacia los Pirineos los principales cuerpos del inmenso ejército que ocupaba á Alemania. En otras épocas de su carrera se le ha visto cumplir grandes cosas con pequeños medios, es necesario ahora un método más expeditivo, más propio para refrescar la imaginación de los hombres. No es una campaña de Italia, sino una expedición á lo Jerjes que prepara contra España. Quiere parecer allí como un exterminador, armado del rayo como un Dios que quisiera vengar su majestad ofendida.

El 5 de Setiembre de 1808, sus ministros Champagny y Clarke se presentaron en su nombre ante el Senado. Champagny, como ministro de relaciones exteriores, comunica á esta Asamblea los tratados concluidos en Bayona con los príncipes desposeídos en España. Estos tristemente famosos documentos, estaban acompañados de dos informes no menos extraños de este ministro, en apoyo de la usurpación del trono español. En el primero de estos informes antefechado del 24 de Abril, Champagny después de haber expuesto todos los motivos que imponían á Napoleón el deber de regenerar á España, y de «empezar de nuevo la obra de Luís XIV,» emitía este axioma un poco arriesgado que produjo en Europa lo que se llama en nuestros días una sensación prolongada: *lo que la política aconseja, la justicia autoriza*. Hacía luego valer la obligación de poner fin á estas discordias tan hábilmente fomentadas, entre el padre y el hijo, la necesidad de *vengar la causa de los soberanos*, de no dejar impune un *ultraje á la majestad de los tronos*, de no abandonar España á la avidez de Inglaterra: «Vuestra majestad, decía este digno ministro, ¿querría dejar esta nueva presa para que la devorara Inglaterra?» ¡No había cuidado que Napoleón dejara á los demás una tarea que sabía él mismo desempeñar!

El segundo informe, fechado el 1.º de Setiembre, era una exposición sucinta de los actos de monstruosa ingratitud, con los cuales los españoles habían contestado á las benéficas intenciones del emperador. El *oro corruptor* de Inglaterra, las pasiones del *populacho español*, la influencia de los *monjes*, las *intrigas de los agentes de la inquisición que tenían una reforma*, habían engañado las esperanzas más justas y más generosas. Pero «Napoleón

permitiría que Inglaterra pudiese decir: ¡España es una de mis provincias!... ¡No, jamás, señor! Para evitar tanta vergüenza y tanta desgracia *dos millones de bravos están dispuestos, si es necesario, á atravesar los Pirineos.*»

Clarke, tenía la misión de probar al Senado, que estas últimas palabras no eran una vana metáfora. El informe de Clarke principiaba por establecer «que jamás Francia había tenido más numerosos y más hermosos ejércitos,» y á consecuencia de este aserto, concluía pidiendo al Senado, ya no una quinta ordinaria de 20.000 hombres, sino un alistamiento de *cientos sesenta mil hombres*. La anticipación ya no era de un año, sino de diez y seis meses.

Este llamamiento exorbitante caía á la vez sobre jóvenes, que no debían ser llamados regularmente hasta el año 1810, y sobre los hombres que habían escapado de las quintas precedentes tan pesadas: «¿Y qué tendría de extraordinario, decía Clarke, que la inmensa población de Francia ofreciera el espectáculo de un millón de hombres armados, dispuestos á castigar á Inglaterra?» Lo que era extraordinario, es que un millón de hombres se levantase por una causa que no era la suya, es que se dejase marcar dócilmente como un rebaño que se envía al matadero. Se había dicho de la revolución que devoraría á sus hijos como Saturno, mas, ¿qué eran las inmolaciones del Terror al lado de este terrible holocausto, cumplido friamente con la terrible satisfacción del segador que siega sus espigas?

El autor de estas medidas homicidas se dirigió personalmente al Senado con un mensaje para hacerle oír mejor la necesidad de la obediencia: «Imponía, decía, *con confianza* estos nuevos sacrificios á sus pueblos; eran necesarios para ahorrarles otros más considerables, para llegar al gran resultado de la paz general.» Cada guerra era para el imperio la última guerra, como bajo el Terror cada proscripción era la última proscripción. «Franceses, añadía Napoleón, yo no tengo en mis proyectos sino un fin, *vuestro bienestar y la seguridad de vuestros hijos*... Vosotros me habéis dicho con frecuencia, *¿qué me queréis!* Yo reconoceré la verdad de vuestros sentimientos en la diligencia que pongáis en secundar los proyectos tan íntimamente ligados con vuestros más queridos intereses, con el honor del imperio y con *mi gloria!*» No hubiese sido fácil demostrar como estos intereses, este honor, esta gloria, podía consistir en cubrir de sangre y de ruínas la península española. Si Francia amaba, en efecto, á Napoleón, era cruelmente recompensada,

y ¡estas eran las extrañas pruebas de amor que reclamaba esta alma tierna!

Lacépède, fué aún en esta ocasión el intérprete de los sentimientos del Senado: «¡La anarquía, dijo, este mónstruo ciego y feroz, de quien el genio de Napoleón ha librado á Francia, acaba de encender sus teas y de levantar sus cadalsos en medio de España! Inglaterra se está apresurando para precipitar sus falanjes y mezclar sus banderas con las horrorosas banderas de los satélites del Terror... ¡es el brazo del emperador el que libertará á los españoles!... ¡Oh, cuanto las sombras reales de Luís XIV, de Francisco I y del gran Enrique, han de sentirse consoladas por la resolución generosa de Napoleón!... Los franceses van á responder á su voz sagrada. Reclama un nuevo empeño de su amor. ¡Con cuánto ardor no acudirán á él!»

Tal era el tono de la época. No me meteré en discutir si un lenguaje semejante podía ser sincero. Por lo menos es dudoso que verdaderos sentimientos hayan jamás podido expresarse así en ninguna lengua. Lo que es más interesante y más útil es buscar cómo y por qué este lenguaje hacía ilusión á los contemporáneos; porque se está en la obligación de admitir que eran sensibles en una cierta medida ya que el más grande cuerpo del Estado creía deber emplearle. Este estilo entonces tan extendido no era sino una aplicación nueva de este gusto teatral y declamatorio que ha sido en todo tiempo la vergüenza y el azote de la nación francesa, pero que sobre todo ha marcado la decadencia de la Revolución francesa. Sustituí el pueblo á Napoleón y nos encontraremos en la época que ha precedido el imperio mil modelos de la arenga de Lacépède. Los aduladores han cambiado de maestro, mas la adulación ha quedado siendo lo que era, pretenciosa, enfática y baja. Napoleón mismo había comprendido desde sus primeros pasos todo lo que esta falsa retórica tenía de favorable á su falsa grandeza, así la había animado predicando con el ejemplo. La afectación era universal; del alto al bajo todo el mundo declamaba, los unos en el mando; los otros en la obediencia; y el género no tardó en caer al último punto de la degradación, pero tal vez con esto se hizo aún más popular. Se tiene derecho á afirmar históricamente que el arte y las costumbres del imperio han fortificado poderosamente una pendiente que, después de haber alterado la simplicidad del genio nacional y envilecido sus formas oratorias, ha hecho de las multitudes la presa asegurada de los más miserables charlatanes políticos.

Los 160.000 hombres del nuevo alistamiento es-

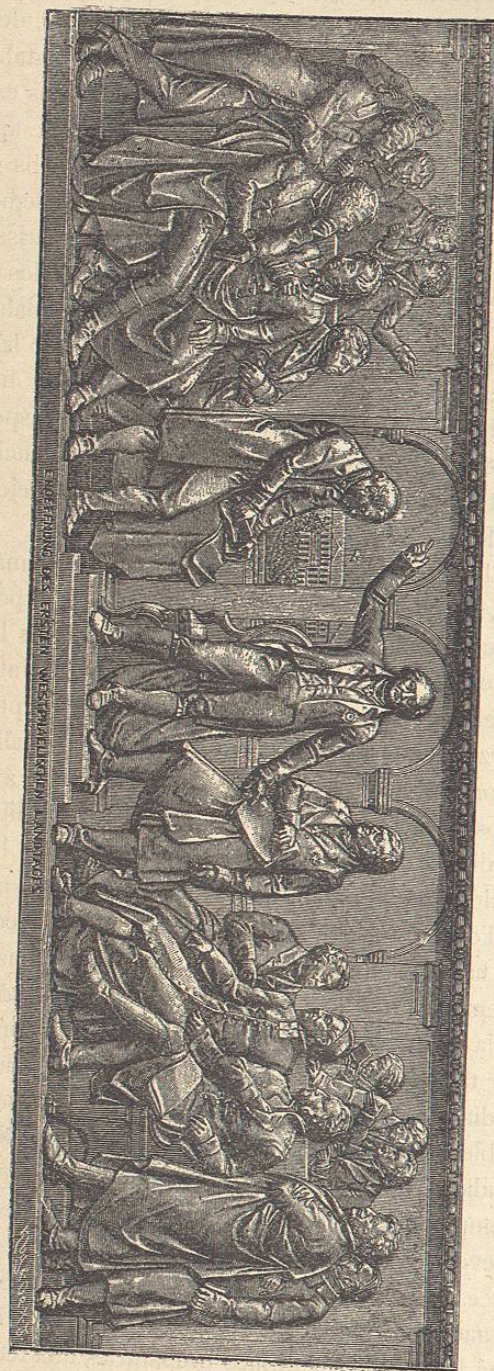
taban destinados á reemplazar en el Rhin las viejas tropas que Napoleón sacaba del fondo de Alemania para dirigirlas hacia los Pirineos, dejó empero ahora 20.000 hombres en reserva, no juzgando las circunstancias bastante urgentes para llamarlos á todos independientemente de los 60.000 hombres que habían quedado en el Ebro con el rey José, de los 15 á 20.000 que ocupaban las plazas de Cataluña, quería conducir en España 200.000 soldados experimentados en las guerras del Norte, á fin de aplastar de un sólo golpe la rebelión. Calculaba que llevado esto á cabo, le quedaría aún en Alemania 200.000 franceses á las órdenes de los mariscales Davout y Bernadotte, 100.000 hombres de los contingentes de la Confederación del Rhin, y finalmente, en el Ironzo otros 100.000 hombres bajo las órdenes del príncipe Eugenio, es decir una fuerza total de 400.000 soldados para tener en respeto á Austria. El grande ejército fué en consecuencia disuelto y reorganizado bajo el nombre de ejército del Rhin.

El ejército de España fué dividido además en seis, después definitivamente en ocho cuerpos de ejército, dándoles para el mando sus mejores lugartenientes. Ney, Lannes, Soult, Víctor, Saint-Cyr, Lefebvre, Mortier, Junot. Incorporó entre sus propias fuerzas numerosos regimientos formados de italianos, poloneses, holandeses y alemanes, obligando á todos estos pueblos que echaban de menos su libertad perdida á combatir por la servidumbre de la sola nación que hubieran debido imitar el ejemplo.

Todos estos soldados á quienes tantas veces se les había dicho que habían conquistado la paz en el Niemen, y que se les llamaba tan pronto á conquistarla de nuevo en el Guadalquivir, iban á comprender tal vez que se abusaba algo de su credulidad, podían fatigarse de sus paseos gloriosos, pero horriblemente mortíferos, de estas promesas siempre eludidas, de esta tarea tan penosamente cumplida y siempre á empezar de nuevo. Era, pues, necesario prevenir de su parte las reflexiones peligrosas, era necesario aturdirles, quitarles el sentimiento de su situación, llevarles al degolladero español como á una fiesta. Napoleón hizo prepararles una recepción magnífica en las ciudades que debían atravesar del Rhin á los Pirineos; y como las municipalidades no eran bastante ricas para hacer los gastos, hizo abonarles una indemnización de tres francos por hombre. «Las arengas, las coplas, los espectáculos gratis, las comidas, hé ahí, escribía al ministro del Interior, lo que espero de los ciudadanos para los soldados que vuelven á entrar vencedores.»



En Metz, Nancy, Reims, París, Tours, Bourges y Burdeos, los héroes del gran ejército fueron acogidos con festejos ruidosos que no llegaron por esto á hacerles olvidar enteramente que eran como estos huéspedes de paso que se hace entrar por una



Apertura del primer parlamento de Westphalia.—Bajo relieve en bronce del monumento de Stein, Berlín

puerta y salir por otra. Napoleon al menos parecía juzgar así, porque nuestros soldados no estaban á medio camino de su itinerario cuando ya escribía de nuevo á Cretet para recomendarle «que hiciera hacer en París las *canciones*» destinadas á calentar el entusiasmo. Mas, ¿sobre qué tema debían escribirse estas canciones? ¿Sobre la tiranía? Ya no se podía

decir mal de ella. ¿La patria? Todo el mundo sabía que no estaba en peligro. ¿La pérdida Albión? Era cosa muy usada. «¡Se hablará, decía el emperador, de la *libertad... de los mares!*» ¡La libertad de los mares, que era estimulante irresistible para la imaginación del poeta y para el heroísmo del soldado! «Haréis hacer, añadía, tres especies de canciones, á fin de que el soldado no oiga cantar las mismas dos veces.» En la vida real como en el teatro, no se debe, lo sabemos, mirar demasiado cerca estos resortes escondidos, por medio de los cuales se operan los grandes cambios de escena, por miedo de exagerarse la importancia; mas hecha esta reserva es forzoso convenir que jamás más miserables medios se pusieron en juego en un más lamentable escenario.

El emperador Alejandro había ya partido para Erfurt sin otra corte que algunos de los grandes personajes de su corte, entre los cuales su hermano el gran duque Constantino y su ministro el viejo Romanzoff, el partidario único ó poco menos de la alianza francesa que aún hubiera en Rusia. Alejandro había abandonado Petersburg con gran disgusto de sus súbditos siempre muy hostiles á su nueva política, y á pesar de las súplicas de su madre á quien este viaje inspiraba las más vivas alarmas.

Lo cierto es que el desenlace de la entrevista de Bayona no era del todo á propósito para inspirar á Alejandro una confianza sin límites, mas su situación estaba lejos de ser la misma que la del rey de España. Apoderándose de la persona de Fernando, Napoleon había podido creer, con una cierta verosimilitud, que se apoderaba á la vez de su monarquía; una tal ilusión era imposible con Rusia. Este ensayo le había además salido demasiado mal porque pensase en volverle á principiar.

Es demasiado peligroso y á menudo pueril querer interpretar los sentimientos secretos de los personajes históricos. Pero si la experiencia de los hombres y la fuerza de las situaciones habían producido en Alejandro su efecto ordinario, es permitido decir que llevaba á esta entrevista una muy mediocre simpatía para su augusto aliado. Seducido por las promesas de Tilsit, había sacrificado á Napoleon sus generosas ilusiones de la juventud, su popularidad en Europa, el amor casi supersticioso de sus subordinados; le había sacrificado su propia estima; y una vez todos estos sacrificios cumplidos, las promesas no habían sido atendidas. No había recibido sino uno de estos presentes por los cuales se es siempre ingrato, puesto que se les acepta sofocados, la Filandía, despojo de un pariente. Y si

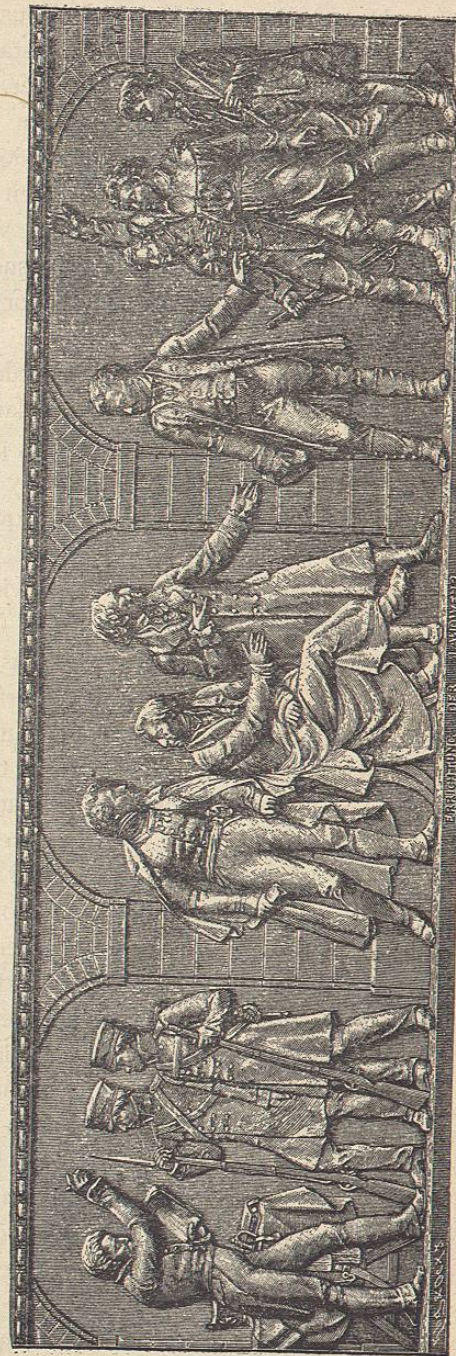
Napoleon se mostraba hoy más dispuesto á llenar sus promesas, Alejandro sabía á que accidente era deudor de esta complacencia inesperada; sus mismos cortesanos no se violentaban para decir á su alrededor: «El emperador Alejandro hace edificar muchas iglesias, — decía el embajador Tolstoi al conde Nicolás, su hermano, — aconsejadle que construya una á *Nuestra Señora del socorro de España.*»

Era en España, en efecto, que se encontraba la sola causa de esta recrudescencia de amistad que Napoleon mostraba al tsar. Los negocios que tenía que arreglar con Alejandro podían tratarse lo mismo en París que en Erfurt, y por vía de correspondencia lo mismo que en una entrevista. Las cosas que los dos soberanos tenían que decirse no tenían nada que necesitase una entrevista personal; sus confianzas no podían ser de una naturaleza bien viva después de tantos reproches recíprocos. Napoleon estaba decidido de antemano á satisfacer á su aliado, á cederle los dos principados de Moldavia y de Valaquia, que habían sido la causa de su mutuo enfriamiento; no era él hombre para modificar sus planes bajo la impresión de una conversación. Además no podía disimular fuera de esto, que su situación frente á frente de Alejandro estaba lejos de ser tan ventajoso como en Tilsit. Su prestigio entonces intacto había disminuido después singularmente. Sus ejércitos hasta ahí reputados invencibles habían sufrido golpes tan humillantes como desastrosos. Eran éstas sobrado fuertes razones para que él evitara una entrevista que evocaría inevitablemente los recuerdos del tiempo pasado.

Mas la necesidad hablaba aún más alto que el orgullo. Tras el inmenso movimiento retrógrado que venía de hacer ejecutar á sus tropas volviéndolas á traer del Oder al Rhin, en el momento de ir á marchar á España, necesitaba á todo precio una manifestación de tal naturaleza para intimidar á Europa; y para obtener este efecto no le bastaba divulgar la alianza franco-rusa, quería pregonar públicamente su intimidad con Alejandro al objeto de sorprender en todas partes. Soñaba igualmente con pedirle una de sus hermanas en casamiento, con el fin de que esta amistad pareciese más indisoluble. Este admirable director de escena había, pues, bien calculado y dominado sus repugnancias para darle á Europa esta representación de gran espectáculo. Mas las ventajas de la entrevista de Erfurt se reducían únicamente á este valor de opinión que por lo demás no podía ser sino muy fugitivo. Intrínsecamente era Napoleon quien iba á hacer todos los gastos, y bien

que él no recibiese mas que un apoyo moral, en cambio de las más sustanciales concesiones, parecía casi en Erfurt el obligado del soberano de quien había parecido el protector en Tilsit.

Los dos emperadores se encontraron el 27 de



Levantamiento de la Landwehr.—Bajo relieve en bronce del monumento de Stein, Berlín

Setiembre, en el camino de Weimar á Erfurt. Se abrazaron con este aire de perfecta cordialidad de que los reyes poseen sólo el secreto, sobre todo cuando no se abrazan sino para disimular. Hicieron juntos á caballo su entrada en la ciudad en medio de un inmenso concurso de habitantes. Napoleon quiso hacer la recepción digna por su magnificencia